

VIAJE DE ESTUDIOS

A Jen

Yo tenía 32 años y una carrera como economista, sin embargo, mi verdadera pasión yacía en la literatura, en la belleza de los versos, en la trascendencia de un poema magistral. Estuve trabajando en la empresa de mi padre algunos años y, para mí, ya era hora de extender mis estudios, sin embargo, yo deseaba ahondar en mi pasión, o sea, cambiar de disciplina y estudiar literatura y qué mejor lugar para estudiar literatura que la Sorbona. Sí quería destacar en mis estudios y aprender mucho, sin embargo, en ese momento, no buscaba volverme escritor famoso, tan solo soñaba con conocer gente nueva, gozar la experiencia de sentirme en casa en una ciudad diferente y nueva para mí, aprender sus costumbres y ser otro más de los suyos. Yo seguía soltero y sin compromiso, por lo tanto, estaba abierto a conocer alguna chica allá y enamorarme. Además, la idea era sentar mi base de operaciones en París para viajar por Europa, donde todo está relativamente cerca.

Me había preparado especialmente para ese viaje de estudios varios años, había estudiado el francés intensamente en la Alianza Francesa de Lima, había pasado exámenes. La astronómica inversión económica que debía afrontar corría por cuenta de mi padre. Ya había pisado París antes pero menos de una semana, en cambio, esta vez, iba a vivir dos años allí. Tenía muchas ilusiones y altas expectativas.

Una vez en el avión de Lima a París, me hacía sentirme muy a gusto el que todos hablaran francés, los tripulantes de Air France y los pasajeros. Me gustaba presumir el dominar correctamente tres idiomas, el castellano, mi lengua madre y el inglés, que lo aprendí a los cinco años y que creo que jamás olvidaré por más de que no lo practique.

Había alquilado un departamento minúsculo, pero bien ubicado, en el centro de París, a diez cuadras de mi universidad. Desde el primero hasta el último día, contemplaría las calles de París como en un sueño cumplido, en la ciudad luz, la de los artistas y los poetas. Me compré sombreros y boinas clásicas para disimular mi calvicie, entonces incipiente.

Tenía ya reservadas varias fechas de conciertos en la faraónica filarmónica de París y lo primero que hice fue investigar qué buenos espectáculos artísticos iban a presentarse para asistir todas las noches. Quería visitar todos los museos y pasear por sus más célebres atracciones.

Luego de la matrícula en la Sorbona, estuve muy ansioso de que empiecen las clases, sin embargo, el tiempo se pasaría volando entre las terrazas de los cafés, los cines y las miles de atracciones. Así, hasta que un lunes en la mañana, en la facultad, me presentaron a mis compañeros y mis profesores. En todas las clases había alumnos de todas partes del mundo y, para mi primer curso de gramática, todos los días de nueve a once, me tocó el profesor M. Laurent, con amplio bagaje intelectual, varios libros publicados y profesor de la Sorbona desde que era un estudiante. Él sería luego mi profesor en cursos posteriores. De once a doce y media, otros cursos, como fonética. En las tardes teníamos conferencias, en un anfiteatro para doscientas personas, sobre temas muy diversos como literatura francesa, poesía francesa, historia, cine, actualidad política, historia del arte. Allí se juntaban alumnos de distintos grados. Yo siempre he sido muy sociable, todos mis compañeros se hicieron mis amigos. Casi todas las chicas me parecían guapísimas. Había una peruana, muy simpática,

en un curso más avanzado que el mío, se llamaba Jen. Conocí muchas chicas en mi paso por esas aulas, sin embargo, hay una que destaca en mi memoria, Michelle. Era una rubia alemana de Frankfurt, de unos ojos azules hipnotizadores y una sonrisa encantadora. Era una alemana de pura raza.

Siempre me ha sucedido, en los estudios, que yo me convierto en el chico popular, amigo de todos, del que todos hablan, sin embargo, ese aspecto me juega en contra a la hora de ser calificado por mis profesores, la verdad, yo no sé por qué, pues me esfuerzo tanto como los mejores y yo siento que llego a resultados satisfactorios. Por ejemplo, el profesor Laurent siempre me llamaba “el turista”, probablemente porque a veces me quedaba dormido en su clase porque había disfrutado bien los placeres de la noche anterior. Él nos pedía que estudiemos duro todo el fin de semana, pero yo, por mi parte, me subía a un tren de alta velocidad para conocer las provincias de Francia.

Como yo estaba siendo financiado por mi padre, podía darme el gusto de comer rico. Casi todos los días iba a La Rotonde, un restaurante típico que quedaba en mi esquina y servían un menú delicioso a precio moderado. Elegir entre una copa de vino o agua estaba comprendido en el menú, si uno escogía coca cola había que pagar más. El vino allí costaba menos que una coca cola y un vino buenísimo. Eso porque la calidad del vino francés es tan buena y el mercado tan dinámico, que los precios son comodísimos. La Rotonde es un restaurante que frecuentan regularmente todo tipo de intelectuales parisinos. Me sorprendía el hecho de que todos tomaran una copa de vino con el almuerzo todos los días, al terminar, un café espresso y luego, continuaban con su tarde lúcidos como si nada. Yo nunca me acostumbré ese hábito, tomaba vino solo en las noches y pasaba de la copa siempre, a veces cinco o seis.

Me gustaba invitarla a almorzar a Jen, en verano comíamos ostras crudas con limón, acompañadas de un vino blanco chardonnay bien helado o cuando la ocasión lo ameritaba, íbamos a La Coupole, que es otro restaurante típico, un poco más caro, con toda una leyenda detrás, de históricos comensales. Entonces pedíamos langostas o pedíamos “moules”, que son unos choros o mejillones en una olla con su caldo. La repostería francesa es célebre también o sus doscientas variedades diferentes de quesos. Y así, todos los días comía rico en diferentes restaurantes, algunos muy caros y finos. Podría hacer toda una crónica, tipo guía turística, recomendando restaurantes, pero esa no es mi intención.

Con Michelle, nos gustaba conversar en la sala de estudio en un rincón para no desconcentrar al resto de alumnos, ella era muy atractiva y yo estaba todo el día detrás de ella. Después de cenar juntos, íbamos al cine, a ella le gustaban las comedias francesas. La cartelera de cine francés es muy variada, se encuentran todo tipo de películas, europeas, americanas y del mundo entero. Siempre encontraba varias películas buenísimas de mi interés. En mi país, la mayoría del público, antes de entrar a la sala del cine, se compra su canchita “pop corn” en combo con su gaseosa, que sale hasta más caro que el boleto de entrada al cine y deja toda sucia la sala con los restos de canchita desparramada al comer e incluso, siempre hay alguien al que se le cae, por descuido, la bandeja de canchita y gaseosa al piso y dejan al personal limpiar todo ese chiquero al día siguiente. En dos ocasiones, en París, mi vecina de butaca me reclamó que, por favor, no coma en plena película porque le molestaba el ruido de mi boca al masticar. No hubo tercera ocasión pues decidí no comprar más canchita en el cine.

Otras veces, invitaba a Michelle a la música clásica de la que yo soy fiel aficionado. Me aboné a la filarmónica de París, pero no por eso dejé de ir siempre al auditorio de Radio France o a la Sala Gaveau. Una vez fuimos a ver a mi pianista favorita, Martha Argerich.

Otra vez, en la filarmónica de París, presencié al tenor peruano Juan Diego Flórez bañarse en gloria en ese escenario tan prestigioso, donde, luego de cantar con una orquesta sinfónica, al final del espectáculo, como “encore”, cantó él solo con su guitarra un par de canciones del repertorio de música criolla peruana y luego, él y yo coincidimos como comensales vecinos de mesa en el restaurante del último piso “Le Balcon” y yo lo saludé y lo felicité como peruano orgulloso. También fui a la catedral de Notre Dame a escuchar el réquiem de Mozart, con músicos con pelucas blancas. Michelle y yo disfrutábamos mucho de los museos los fines de semana. Disfrutábamos también del teatro francés. Al salir del teatro, en medio de la noche, en invierno, caminábamos abrigados con una bufanda enrollada al cuello, riéndonos de alguna ocurrencia mía, ebrios por los tantos copetines que nos habíamos tomado en el intermedio de la obra y yo, aprovechaba el momento indicado para, disimuladamente, abrazarla y soltarla de nuevo.

Con Michelle, llegó un punto en el que nos volvimos íntimos, siempre salíamos juntos y no es por su interés de que yo le pague los gustos que nos dábamos, sino porque congeniamos muy bien. Hablábamos a veces en francés, a veces en inglés y nos entendíamos muy bien. Yo le cantaba la canción de los Beatles, “Michelle/ma belle”.

A mí siempre me ha gustado planear los viajes que hago en vacaciones y al ser París mi centro de operaciones, tenía ofertas muy tentadoras. De entre todas, la ciudad a la que más me gustaba regresar es Venecia. Me quedé enamorado de sus canales y sus palacetes, de sus calles estrechas y avejentadas y sus bulliciosas fiestas. De escuchar a músicos tocar sus instrumentos en la plaza o en iglesias las cuatro estaciones de Vivaldi. Siempre me provocaba regresar a una “ostería” típica veneciana a probar esos espaguetis con vongole con un buen vino blanco. Yo ya me acostumbré a viajar siempre solo pero entonces se me ocurrió invitar a Michelle a Venecia. No sabía cómo decírselo, tenía que buscar el momento indicado. También se me ocurrió decírselo en el restaurante Julio Verne, el que está en la punta de la torre Eiffel.

Tuve suerte de conseguir una reserva de cena para dos la noche siguiente de la mañana en que llamé. Entonces, esa noche, a la hora de la cena, quería invitar a Michelle al restaurante Julio Verne en la torre Eiffel la noche siguiente para proponerle ir juntos a Venecia como si fuera una luna de miel. Decidí llevarla a La Coupole y, cuando nos trajeron los aperitivos, le dije que quería hablarle, ella me respondió que también quería hablarme. Empecé yo y le dije lo del Julio Verne pero ella lo tomó mal. Entonces, cuando ella habló lo hizo con malestar. Me dijo que no le parecía correcto que yo le ande pagando todo y que ya no quería volver a verme más. Entonces, no recuerdo bien cómo salió en la conversación el tema de Venecia, creo que ella me había dicho que quería conocer, la cosa es que yo le pedí que me acompañara, que yo la invitaba, los boletos de avión, el hotel y todos los gastos para disfrutar, pero ella se molestó y literalmente me dijo que esa era una propuesta indecente. Yo le pedí que por favor se calmara que no se molestara, pero ella se puso histérica y se puso a gritar, los comensales del restaurante voltearon a ver la escenita. Luego, ella se paró, me siguió gritando, yo le dije que no tenía que hacer eso, que se tranquilizara, que se sentara, pero ella tiró la servilleta en la mesa y salió por la puerta dejándome solo en el restaurante. Yo me emborraché con coñac que como no era de alta gama como un veinte años, al día siguiente regresé a la Sorbona con resaca y Michelle me ignoraba y me rehuía. Ya tenía la reserva para dos en el Julio Verne esa noche, entonces se me ocurrió invitarla a Jen esa noche. Almorzamos juntos en La Rotonde y cuando le pregunté si quería cenar conmigo esa noche, ella me respondió que ya tenía otro compromiso. Finalmente fui yo solo a cenar esa noche. Yo creo que, a Michelle, como alemana que es, no se le ocurre que alguien le esté pagando

las cosas sin una relación sentimental, además, a ella no se le ocurría hacerse novia de un peruano. Yo no parezco peruano porque soy blanco y tengo pinta de europeo elegante, pero ella probablemente ni siquiera ubica al Perú en el mapa y probablemente tenía otro ideal de pareja.

A partir de ese desencuentro, Michelle no me habló nunca más, ya ni siquiera me respondía el saludo. La vida de estudiante continuó, siempre salíamos a tomar unas copas con M. Laurent y los compañeros de mi salón, otras veces salíamos a comer. Yo continué viajando por Europa solo. El siguiente ciclo, me tocó el curso de poesía francesa con M. Vincenot. Él es todo un poeta parisino, ha publicado muchos poemarios, desde que era joven. Es organizador de recitales de poesía grandes y pequeños. En su clase traía a poetas y poetisas músicos a cantar con su guitarra la canción francesa y composiciones propias. Él escogía a alumnos para invitarlos a sus recitales de poesía en el histórico anfiteatro Richelieu o en otros locales donde siempre había poetas declamando poemas, pero también cantantes famosos con su banda. Cuando me empezó a invitar a sus recitales, yo nunca faltaba y allí conocí muchos poetas parisinos, hermosas poetisas de pura sangre y allí hice amigos franceses gracias a mi francés fluido y mi presencia elegante.

Hay otro aspecto de mi vida parisina que no puedo pasar en alto y está relacionado con el anillo que llevo en el dedo anular de la mano derecha. Y ese tema lo recuerdo de manera difusa, además del hecho de que es secreto. A veces, cuando despertaba en las mañanas, no recordaba bien la noche anterior, más que caminaba por un túnel secreto en el metro e iba a ceremonias solemnes en templos monumentales con otros miembros del Priorato de Sión. Todo parecía salido de sueños de otros planetas en otras galaxias. Cuando viajé al lago Annecy, en el castillo donde me hospedé, justo ese fin de semana había una reunión entre masones y yo fui invitado.

Yo soy católico, pero en Lima, desde que era chico que no iba a misa los domingos. Sin embargo, en París cambié y, como la iglesia de Montparnasse quedaba en mi camino diario de ida y vuelta de la Sorbona, me volví algo así como un practicante. Entraba a la iglesia a rezar y a la misa dos veces por semana. Allí, incluso, conocí un grupo de amigos, que me invitaban a su departamento a dos cuerdas a cenar y hablábamos de Dios.

Así se pasaron los dos años volando. Tuve mi ceremonia de graduación y celebramos por todo lo alto con mis compañeros. Conocí Europa. Bailé hasta el amanecer con chicas desconocidas en las discotecas de Ibiza. Tomé unas cervezas con amigos espontáneos bajo una sombrilla en las playas nudistas de la costa azul. Viví dos semanas en el país vasco comiendo tapas de mariscos con vino español. Fui varias veces a la filarmónica de Berlín. Tuve una aventura amorosa con una inglesa en un crucero para solteros por el mar Mediterráneo. Al siguiente año volví a hacer un crucero para solteros por otras partes del mar Mediterráneo y conocí a una francesa que estudiaba en la universidad de Grenoble, quedamos en volver a vernos, pero ella nunca contestó mis mensajes. Visité las bodegas y museos del vino en Burdeos. En Normandía aprendí un poco más sobre los desembarcos en la segunda guerra mundial. Siempre me subía a los trenes de alta velocidad para pasear por Ginebra, Toulouse, el Mont Saint Michel y las más hermosas provincias de Francia y países vecinos. Tomé aviones a Madrid y Barcelona, a Roma, Vaticano, las hermosas provincias de Italia. Tomé un crucero por los fiordos noruegos y vi la aurora boreal en islas que no figuran en los mapas, pasando por Oslo donde, aprendí más sobre los vikingos y comí salmónes y cangrejos.

Y hoy que escribo esto en Perú frente al mar, extraño volver a encontrarme bajo el cielo de París. De cualquier manera, estoy seguro de que regresaré a París, por la puerta grande, una mañana al despertar.

Mauricio del Campo Robinson
23 de junio de 2020



*Mauricio
del Campo Robinson*